

EL FUTURO TEORICO Y EL FUTURO REAL

DURANTE los últimos días de la semana anterior, el PSOE ha hecho explícita una posición a la que estaban faltando definiciones. El documento de don Felipe González dirigido a su propio partido, el artículo —más flexible— publicado el día 27 en "El País" constituyen un programa de actuación posconstitucional y, en cierto modo, suponen una respuesta al discurso del presidente Suárez y a las líneas generales establecidas en el Congreso de UCD. Todo ello constituye como un preludio a lo que podría configurarse como el gran debate que nos espera, y como lo que podría incluso enmarcar el sistema político para los años venideros, si acontecimientos de mayor importancia en España y en el mundo no rompen esa especie de normalidad: un sistema sobre dos grandes partidos políticos, mayoritarios actualmente en las Cortes, y probablemente mayoritarios también, en proporciones quizá similares, después de unas elecciones generales.

LA noción de normalidad democrática a partir de la aprobación de la Constitución por referéndum está contenida tanto en las declaraciones de Suárez-UCD como en las de Felipe González-PSOE. Entienden los socialistas que la cuestión misma de forma de Estado quedará zanjada ("a partir de la Constitución, el Rey no es el sucesor de Franco"), lo que no dejará de presentar serias dudas para los republicanos a ultranza, que no dejarán de pensar en un hecho histórico, como fue el cumplimiento estricto y minutado de la Ley de Sucesión dictada por Franco y la situación de hecho con que se encontraron los redactores de la Constitución, y en la inseguridad de un futuro en el que va a jugar, como dijo un parlamentario, una cuestión de cromosomas y de moléculas de ácido desoxiribonucleico en la configuración de los sucesores del Jefe del Estado. Entienden también que la aprobación de la Constitución significará "la ruptura con el pasado dictatorial de nuestro país" y "los cimientos de una convivencia en paz y democracia, que nos permita afrontar los grandes problemas políticos y superar la crisis económica", en lo cual coincide con el señor Suárez. Optimismo que también se puede discutir. Suponer que la gran ofensiva autocrática se va a detener cuando se apruebe la Constitución, como Lucifer ante la espada

flamígera de San Miguel, es desconocer a los autocráticos (y a Lucifer). La ofensiva actual consiste en evitar que se apruebe la Constitución, porque despeñarla supondría una caída en cascadas de todo el edificio de naipes montado hasta ahora: partido gubernamental, partidos de consenso, Congreso y Senado y todo lo demás: la onda expansiva llegaría hasta la Corona. La ofensiva futura —puesto que la aprobación de la Constitución no ofrece ya lugar a dudas— consistirá en desmontarla. Si los anticonstitucionales de varias especies —en el fondo, una sola— no se han detenido en el asesinato para jalonar algunos momentos trascendentales de los acuerdos constituyentes, no hay por qué suponerles mayores escrúpulos después. De lo único que se puede dudar es de su capacidad de fuerza, de la escasez —o no— de respaldo que puedan tener. La Segunda República tuvo su Constitución, y no la salvó. Y los países latinoamericanos "de nuestra estirpe", como se suele decir, con una frase que sobrepasa la pura cursilería para reflejar lo que fue en efecto un traspaso de vicios y virtudes históricas, de usos y costumbres y de ciertos conceptos de política, poder, propiedad y clases sociales, tienen tantas constituciones como golpes de Estado que las anularon. En cuanto a esta Constitución en sí, Felipe González no niega que incluso dentro de la UGT hay quienes la repudian, contra las directrices del PSOE.

PERO demos como adquirida, e incluso como bastante probable, esta situación. La Constitución se aprueba, seguramente por una mayoría muy amplia, seguramente con una cierta abundancia de votos en blanco y de abstenciones; el pasado se liquida y comienza una vida nueva. El país, dicen los dos grandes dirigentes de los partidos con más votos y más parlamentarios, inicia una etapa basada en esos dos mismos partidos. Uno representando el poder, otro la oposición. Con los cálculos y las premisas actuales, el partido mayoritario y, por lo tanto, de gobierno sería la UCD. Una UCD que debe tender hacia una posición más a la izquierda. Incluso la irrupción conservadora de José Luis Alvarez en el Congreso de UCD sirve para reaccionar contra la derecha interior, o sea, contra la derecha explícita. Se trata de que la derecha, en UCD, sea implícita y no confesada. Los acuerdos con la derecha dominante del país —empresas, Banca, fuerzas, Iglesia— han de hacerse y se están haciendo, como se puede, por la vía de la discreción y de la persuasión. Hay comentaristas que estiman que la UCD, en esta inclinación hacia una izquierda aparente que parece que goza de la mayoría, puede incluso dejar en el camino a Adolfo Suárez, y alzar como presidente del Gobierno a Fernández Ordóñez. Yo no lo creo. Estimo que las bazas personales de Suárez, aunque no haya conseguido el Nobel de la Paz que hubiera



Quizá razones de fuerza mayor están llevando al PSOE a una política simétrica a la de UCD, aunque con sentido opuesto. (Felipe González y el presidente Suárez.)



A partir de la Constitución —entienden los socialistas— el Rey ya no es sucesor de Franco. Don Juan Carlos, durante la presentación de credenciales del nuevo embajador soviético, Yuri Vladimirovich Dubinin.

vido un soporte electoral inmejorable, son cada vez mayores. Si la tendencia occidental en general y la nacional en particular se orienta hacia las democracias más abiertas y tolerantes, al señor Suárez no tendrá ningún escrúpulo en adoptar esa figura. Y los grupos de presión de la derecha —energúmenos aparte— apadrinarán con mucha más decisión a don Adolfo Suárez que al señor Fernández Ordóñez. Con cualquiera de las fórmulas posibles, UCD va a tratar de entrar en un terreno más, digamos "izquierdista", a arrebatar votos al PSOE, que para muchos de los moderados de este país sigue siendo todavía una aventura. No por sí mismo, que está lejos de ser un partido aventurero, sino por el malestar que su nombre representa ante los grupos de poder de la derecha. Los que encarcelaban, exiliaban, perseguían, condenaban a los militantes del PSOE tienen todavía mucho poder en España. El Partido Comunista, por su interés personal y por su propia sabiduría, no deja de recordarlo. Quizá esta razón de fuerza mayor (que no ha dejado de influir también en la moderación comunista) está llevando al PSOE a una política simétrica a la de UCD, en la misma dirección pero con sentido opuesto: aproximarse a una cierta derecha o, por ser más realistas, a una izquierda moderada. "Socialista, hemos dicho con frecuencia, es un concepto sinónimo de profundización de la democracia en todas las direcciones posibles". Una dirección es indudablemente la socialdemocrática, que de alguna forma se emparentaría con conceptos propios al señor Fernández Ordóñez dentro de UCD, o a los que pueda desposar el señor Suárez con su labilidad característica. No está excluida la coalición. Las dificultades de la situación española "exigen un Gobierno de amplia base parlamentaria, que probablemente, si ningún partido la consigue, forzaría a entendimientos entre los más responsables" (Felipe Gonzá-

lez, en "El País"). Podría encontrarse el PSOE, entonces, atrapado en una trampa similar a la del partido socialista italiano con respecto a las coaliciones con UCD: una debilitación de su función social, que en el caso italiano fue a favorecer al Partido Comunista y, posteriormente, a los "grupúsculos" a la izquierda del PC. Si Suárez es consciente de los riesgos que corre dentro de su partido con una cierta aproximación a la izquierda (su cronista y asesor, don Ricardo de la Cierva, reseña en "ABC" el discurso del presidente diciendo que hubo "mayores ovaciones en la crítica a la izquierda que en la crítica a la derecha"), don Felipe González no ignora los obstáculos que esta política tiene dentro de su partido que "vive el fenómeno de la confrontación entre la acumulación ideológica producida por años de lucha contra la dictadura (y por la incorporación de algunos furiosos conversos) y la necesidad de realizar una práctica política".

I MAGINEMOS, pues, la situación. O las situaciones posibles. Un gobierno de UCD que busca por vías de tolerancia de costumbres y tal vez por algún levantamiento de sus prácticas todavía franquistas —como el uso de la televisión, su inmisión en la prensa, su reparto de cargos y algunas leyes sociales comedidas— una apariencia de centro-izquierda; frente a él, un partido socialista fuerte de votos que en debates reales, en plenos auténticos de las Cortes, ponga de manifiesto sus debilidades en el cumplimiento de sus propios propósitos, le lleve al terreno de lo explícito y de la opinión pública. Otra alternativa: el Gobierno socialista, surgido de una fuerte mayoría popular, que llevase a cabo un programa socialdemócrata, que forzase a UCD a una oposición con un amplio espectro del posible descontento, y al PCE a una oposición desde una izquierda

quizá más radical que la que tiene ahora. Una tercera alternativa sería la del "entendimiento entre los más responsables", que sólo puede entenderse como un gobierno con dosificaciones de los dos partidos, un "centro-sinistra", que sin duda daría la mejor ocasión al PC a hegemonizar la protesta, el descontento de la izquierda.

E STAS tres posibilidades son bastante académicas; entran en una política practicable después de unas elecciones generales, probablemente impracticables si esas elecciones generales no se celebran y UCD se sostiene en el poder con su mayoría actual, el respaldo del Jefe del Estado, la aceptación por las fuerzas de poder real y el apoyo parlamentario de grupos menores. La cuestión está en saber si todo ello va a conectar con la realidad pública de España. En Italia, se sabe, no conectó nunca. Fue impuesta por los Estados Unidos después de la guerra o no consiguió jamás apaciguar el problema de clases sociales y el reparto de la riqueza. En España podrá funcionar si se aplica inmediatamente, y con éxito, a resolver todos los problemas sociales pendientes, que son muchos, sin dañar una estabilidad de sociedad capitalista que ninguno de los grandes o pequeños partidos parecen contestar abiertamente. Es decir, si consigue realmente que el país funcione. Lo cual no es tan fácil, porque está gravemente deteriorado en todos sus aspectos, y no sólo en los tan visibles del paro y del terrorismo, que todos los partidos coinciden en denunciar, sino en una profunda descomposición moral. De otra forma, se corre un riesgo que ya está sucediendo, que es el de la división entre país real y país político. Esto se denunciaba en la época de Franco; no sólo no se ha remediado, sino que se está incidiendo profundamente en ello. ■